

NUEVA TEORIA DEL DUENDE

(SEGUNDA PARTE)

El llanto otra vez, en Caracol lo mismo que en Sordera. Los dos gitanos, los dos cantaores con duende. Porque aquí sí me parece que el elemento racial es decisivo, y de hecho los cantaores a quienes habitualmente se reconocen esos trances fulgurantes son gitanos. Estoy por decir que el duende es una invención gitana, lisa y llanamente, a la que los payos no estiman demasiado precisamente por eso.

—El duende... yo le voy a decir a usted una cosa —me respondió Pepe el de la Matrona cuando le planteé el tema—. Esa palabra del duende yo cuando la oigo decir me río, porque eso del duende es una cosa que empleamos aco-

plao al flamenco que es lo mismo que si dijéramos ¿qué es un misterio? ¿Lo ha visto alguien? Nadie. Y sin embargo existe, por lo que dice el mundo entero. Si el mundo entero lo dice es por algo. Bueno, el misterio no lo ha visto nadie, ¿verdad? Pues al duende tampoco lo ha visto nadie...

Caracol, en cambio, me dijo:

—Depende de la inspiración que tenga en ese momento. O soy un borracho cantando y canto muy mal o me coge en un momento determinado y todo lo que hago me sale bordao... Cualquiera sabe lo que es el duende; porque si se supiera lo que es, entonces uno diría: «Que venga el duende ahora». Está uno un día mu a gusto, mu a gusto... Fí-

jese lo que será el duende. Entesdeanoche me maré yo, con unos amigos; me llevé a casa estos Marismeños, unos muchachos que cantan cantes de las marismas, me llevé a Pepe el Culata que es un buen aficionado al cante, a Felipe de Triana y a otros. Cantaron todos y yo quería cantar y no podía. Y no canté. Que no me salía ni la voz. Se van estos muchachos, se fueron a las nueve o las diez de la mañana; me levanto a comer, voy al baño, y me sale la voz, empiezo a cantar yo solo: el duende... ¿Por qué? El duende viene cuando quiere venir.

ANTONIO MAIRENA Y LA «RAZÓN INCORPÓREA»

Que más o menos es lo mismo que piensa Antonio

Mairena: «Hay días que viene y días que no viene. Días en que quiere uno cantar y no puede hacerlo. Días en que, al contrario, parece que va a ser una noche de chufia y termina siendo una noche grandiosa... ¡Qué quiere usted que le diga!»

Conmigo fue más explícito:

—Yo por duende entiendo todo aquel artista que transmite. Claro que no es lo mismo transmitir a un señor que no está preparado para digerir el cante flamenco o el gante gitano, como le queramos llamar, o a un señor que está preparado. Para transmitirle esos duendes a un señor que está preparado, hay que contar con el artista o el intérprete que en su forma de sonar lleve consigo ese duende, en su manera de expresar, de deletrear, en la técnica también es un factor importantísimo para todos aquellos que sepan digerir el cante tal y como es el cante, porque sin esa técnica... Porque los que creen que solamente con sonar gitano ya se cuenta con el duende, eso no es suficiente. La forma de sonar tiene que ir unida con la técnica exacta de como son los cantes, o mejorarlos, por ejemplo como hizo Manuel Torre, como hizo Pastora Pavón, como hizo Tomás Pavón, como hizo Joaquín el de la Paula, como hizo Rafael el Gloria, en los que yo he conocido. Esto es lo que yo creo que sea el duende: hacerle a usted sentir una cosa que usted no sabe lo que es, pero que sí que en un momento dao a usted se le eriza el cabello, usted no sabe lo que le pasa, a usted le hace beberse tres whiskis o tres copas de vino o tres copas de aguardiente o lo que sea, pero que usted no se explica cuál es el motivo... Si al cante le falta el duende, es como si al cuerpo le falta el alma, le falta la vida...

Recientemente Antonio Mairena, en su último libro, ha formulado su teoría de la «razón incorpórea», algo impalpable e indefinible que hay que sentir y respetar para ser un buen gitano. «La Razón Incorpórea —escribe así, con mayúsculas— es el honor nuestro, la base de la cultura gitana, el conjunto de nuestras tradiciones y de nuestros ritos antiguos: una cosa que solo entiende un gitano como Dios manda y que solo los gitanos la viven. La Razón Incorpórea es intransmisible e ininteligible fuera de nosotros, porque no se puede conocer de verdad lo que no se puede sentir. Solo se nos permite expresarla por medio de metáforas. La Razón Incorpórea es la fuente de inspiración inagotable del cante gitano y del cantaor, y este la expresa de forma intuitiva por medio del duende». En una primera lectura creí que Mairena identificaba a la Razón Incorpórea con el duende, pero veo que no, que en realidad confiere al duende solo el papel de transmi-

Hoja del Lunes - 17-4-78 (MALAGA)



Manolo Caracol: «El duende viene cuando quiere venir.»

sor de esas esencias gitanas sin las cuales —según él— no se puede ser un buen cantaor. En definitiva Mairena vuelve a poner en el ruedo de la polémica el elemento racial, quizás de manera excesivamente totalitaria, y quienes dan al elemento andaluz un valor por lo menos igual al elemento gitano en el cante tendrán algo que decir.

TARAB

Cuando se trató de averiguar por otra vía que no fuera la de los propios cantaores qué podía ser el duende, en seguida se recordó lo que Emilio García Gómez —«chanelador» clandestino, según González Climent— había escrito sobre el «tarab», vocablo árabe que designa el fenómeno que produce en los oyentes «entusiasmo, éxtasis, enajenación, emoción física de alegría o tristeza».

Y seguimos leyendo: «Los libros árabes están llenos de historias de «tarab». Si cualquiera de ellos empieza a contarnos que una esclava, buena cantaora, ha puesto el laúd en su regazo, ha templado sus cuerdas y ha roto a cantar unos versos antiguos, estad seguros de que unas líneas más abajo encontraréis que a los oyentes «se les ha volado el alma», se han desmayado, se han tirado al suelo jadeantes y con espuma en la boca, se han abofeteado el rostro, desgarrado las ropas o golpeado la cabeza contra la pared. Todo esto, claro es, sin hablar de lo que se iba en lágrimas y suspiros. Un reo de alta traición canta ante el califa Mamún, y un cortesano no puede contenerse y le besa, a sabiendas de que tal adhesión puede acarrearle la muerte. El califa Yazid, entusiasmado con una cantora, coge un almohadón de su sofá, se lo pone en la cabeza y recorre el salón, fuera de sí, preguntando «¡Pescado fresco!». En uno de mis libros yo he contado una historia española de este género, muy divertida. Es en la Sevilla del siglo VIII. Ha llegado una esclava cantora de Oriente, y dos se villanos aficionados van a oírla a casa de su dueño. La habitación es destartada, y la tal cantora, fea y sucia. Pero, amigos míos, cuando canta, los visitantes se revuelcan por los divanes y también imitan pregones. Uno de ellos se pone en la cabeza unas botellas de aceite, que se le derraman por encima...»

Efectivamente, son reac-

ciones idénticas, o muy semejantes, a las que hoy pueden producirse en una reunión flamenca en que se logre un climax adecuado. Que no se alcance sino en muy raras ocasiones, no nos hagamos ilusiones. Porque ocurre que hay como una inflación de «literatura» fácil en que se trae a los duendes para acá y para allá, venga a cuento o no, con el peligro de hacernos creer que este es un fenómeno cotidiano al alcance de cualquier fan d'anguillero de tablao. Y no es así, no. Todas esas frases acuñadas por gacetilleros del flamenco sobre las penas negras, los duendes y el ángel, el sino, etc., etc., generalmente sirven solo para las portadas de discos que arropan un producto deleznable y marginal.

El duende es algo mucho más profundo y tan difícil de definir que nadie logra ponerse de acuerdo. No se crea que es el alcohol, no necesariamente; los árabes no bebían alcohol y les hemos visto caer como fulminados en unos trances que tampoco nadie ha sabido explicar. El alcohol embriaga y predispone a una determinada exaltación anímica en la que el duende puede darse de manera mucho más explícita. Pero una cosa es cierta: el estado de gracia le será negado al cantaor si no cuenta de por sí con ese genio sombrío y enigmático que puede encender en un solo jipío la llamarada abrasadora de un cante sin armadura formal, para soportar el cual tiene que enajenarse, alinearse, literalmente hacerse otro y prescindir de su propio ser. Solo entonces, ya desencarnado y como en ánima pura, transitará por caminos nuevos para él, aunque quizás viejos de siglos, caminos de los que perderá la memoria cuando el trance haya terminado. Y hay cantaores a quienes físicamente les es imposible realizar una transmutación tal, porque si se arriesgaran a semejantes prescindencias quedarían realmente a la intemperie de su verdadera falta de recursos. No veo, ciertamente, a un Pepe Marchena, a un Juanito Valderrama o a un Almadén corriendo riesgos así. «El duende —escribe González Climent— es la verdad a rajatablas, la verdad sin accidentes, la desnudez existencial.»

Los genios oscuros como Enrique el Mellizo, Manuel Torre o Manolo Caracol son quienes saben del duende. Los demás, algunos, se aproximan a veces. El resto repite lo que oye.